

www.elboomeran.com

EN LA CABEZA DE
BRUNO SCHULZ

Colección Micra

Maxim Biller

En la cabeza de Bruno Schulz

Traducción de Paula Kuffer

editorial  minúscula
BARCELONA

Esta obra se publicó originalmente en alemán con el título *Im Kopf von Bruno Schulz*, de Maxim Biller

© 2013, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG,
Cologne/Germany

© de la traducción: 2015 Paula Kuffer

Revisión: Marta Hernández

© 2015 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: febrero de 2015

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: © Topform84



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-0-1

Depósito legal: B-2.036-2015

Printed in Spain

«Alabado sea aquel que crea seres insólitos.»

S. Y. Agnon, *Y lo torcido se enderezará*

«Estimadísimo, muy honrado y querido señor Thomas Mann», escribió un hombre pequeño, delgado y serio en su cuaderno de notas, despacio y con delicadeza, en un día de otoño sorprendentemente cálido de noviembre de 1938, y al instante tachó la frase. Se levantó de la silla giratoria, que era demasiado baja y rechinaba un poco, en la que estaba sentado desde primera hora de la tarde frente al escritorio también demasiado bajo de la antigua oficina de su padre, alzó los brazos un par de veces, luego los estiró a los lados, como en un ejercicio de gimnasia matinal, y se quedó mirando dos o tres minutos hacia el tragaluz angosto y sucio por el que no dejaban de aparecer una y otra vez los zapatos y las piernas, los paraguas y los dobladillos de las faldas de los

transeúntes que pasaban por la calle Floriańska. Entonces se sentó de nuevo y volvió a empezar. «¡Muy apreciado señor!», escribió. «Sé que recibe muchas cartas a diario y que seguramente emplea más tiempo en responderlas que en sus maravillosas y célebres novelas. ¡Me imagino lo que eso significa! Yo mismo doy treinta y seis horas de clase de dibujo a mis queridos pero nada dotados alumnos, y cuando salgo exhausto del Instituto Jagiełło donde enseñé...» Se detuvo, se levantó otra vez y se golpeó la rodilla izquierda contra la mesa. Pero en vez de restregarse la rodilla magullada o maldecir en voz baja mientras daba saltos por la habitación como habría hecho cualquiera, se agarró la cabeza con las dos manos —una cabeza muy grande y bonita, prácticamente triangular, que de lejos recordaba los cometas de papel que sus alumnos hacían volar desde la cantera de Koszmarzsko cuando llegaban los primeros días ventosos de septiembre— y poco después

se la soltó en un gesto brusco, como si quisiera ayudar a que salieran las ideas. Funcionó, como casi siempre, así que volvió a sentarse a la mesa y escribió apresuradamente en otra página en blanco: «¡Querido doctor Thomas Mann! A pesar de que no nos conocemos en persona, debo informarle de que hace tres semanas llegó a nuestra ciudad un alemán que dice ser usted. Puesto que yo, como todo el mundo en Drogóbich, solo lo conozco por las fotografías de los diarios, no puedo decir con total seguridad que no se trate de usted, pero por las historias que cuenta —dejando de lado las ropas raídas y el fuerte olor corporal que desprende— resulta sospechoso.»

Bueno, muy bien, para empezar es suficiente, pensó satisfecho este hombre pequeño y serio en el sótano de la calle Floriańska, y se metió el lápiz —un Koh-i-noor HB con el que en casos de necesidad también podía dibujar— en el bolsillo interior de la gruesa chaqueta belga que usaba

todo el año. Entonces cerró el cuaderno de notas negro, que tenía una etiqueta blanca sobre la tapa, y se acarició la cara, como si no fuera suya. Por primera vez en todo el día, no, por primera vez en muchos meses, quizá incluso en años, no tuvo la sensación de que en cualquier momento empezarían a salir lagartos negros gigantes y malvadas víboras bizcas de color verde petróleo y sonrisa burlona de las paredes que lo rodeaban; no oyó detrás de él, como solía pasarle cada pocos minutos, el batir de las alas gigantes de arqueópterix; no temió que pronto, muy pronto, fuera a suceder algo tan terrible como inimaginable. Al darse cuenta volvió a entrar en pánico, porque aquello no podía ser más que una trampa del destino.

Desde que tenía uso de razón, Bruno —así se llamaba el hombre con cara de cometa de papel— se despertaba cada mañana con miedo. El miedo iba a desayunar con él al salón de té de Lisowski, lo acompañaba hasta el instituto y observaba por encima de

su hombro mientras los jóvenes le mostraban abatidos sus malogrados dibujos de animales y las esculturas de escayola de sus lindas cabecitas cubiertas de huellas negras. El miedo estaba ahí mientras charlaba con los profesores durante el recreo —casi siempre hablaban de las riñas sin importancia de los chicos y sus travesuras, o de algún estreno en el Teatro Kaminski de Varsovia, y casi nunca del alboroto que los alemanes estaban armando en los últimos tiempos— y tampoco lo abandonaba cuando Helena Jakubowicz, la joven profesora de deporte y filosofía, le preguntaba por su nueva novela, que, según ella, todo el mundo que entendía algo de literatura en Polonia esperaba cada vez con mayor impaciencia y excitación. El miedo solo desaparecía cuando Helena Jakubowicz —pequeña, atlética y con tanto vello en la cara como una inteligente hembra de bonobo— posaba la mano sobre su brazo y lo estrechaba. Pero en cuanto Helena lo soltaba, ya volvía a estar ahí, así

que más tarde no tenía más remedio que llevarse el miedo consigo al apartamento grande y oscuro de la calle Stryj, donde, por suerte, no lo seguía cuando entraba en la habitación de una de las chicas. Apenas salía, se volvía a colocar con firmeza en su estómago —sí, ese era el lugar preferido de este amasijo grande, caliente y gris que se retorció sin cesar haciendo un ruido metálico— y se lo llevaba a casa. Y cuando, después de una cena ligera y de haber hojeado el *Tygodnik Ilustrowany* y la *Neue Freie Presse*, bajaba al sótano y se sentaba al escritorio de su padre, también estaba ahí. Estaba ahí mientras escribía, mientras dibujaba, mientras pensaba, como siempre que trabajaba, en el cuerpo encogido y moribundo de papá, o en el gesto perplejo de los soldados rusos que prendieron fuego por error a su casa en la plaza del Mercado en el segundo año de la guerra. Cuando el miedo se cansaba y pretendía escabullirse, en ese mismo instante se imaginaba que era él, en vez de